



El lenguaje primigenio en *Naturalezas* de Gloria Posada

DOI: <https://doi.org/10.17533/udea.lyl.n88a14>

Ilaria Cantavenera

Università degli Studi di Palermo
ilaria_cantavenera@yahoo.it

En una entrevista con Vergara (2021), Gloria Posada destaca algunos temas esenciales que forman parte de su vida como, por ejemplo, la relación profunda que tuvo con su padre, ya que fue «un gran apoyo en un proceso que no es fácil para nadie, querer ser artista, querer ser escritora» (Vergara, 2021, p. 248). A pesar de haber pisado las huellas de la poesía un poco más tarde, esto no le impidió convertirse en una autora significativa: «Ante la necesidad de comunicarme, el arte y la poesía han sido mi búsqueda de interlocución, mi forma de enviar mensajes, de establecer nexos con la tierra, el cielo, la naturaleza» (p. 251). En lo que atañe a su formación intelectual, entre otros, figura el poeta Juan Manuel Roca que siempre fue una referencia ejemplar entre los jóvenes poetas «para abrirles un espacio en un medio que, por ejemplo en Medellín, era eminentemente masculino y con luchas de

Recibido: 25/11/2024
Aprobado: 16/05/2025
Publicado: 30/07/2025

poder bastante complejas» (Vergara, 2021, p. 249). La poesía de Gloria Posada fluye en lo cotidiano, vive entre su gente y las injusticias de épocas lejanas y cercanas, esto es, una poesía que se convierte en una lucha social: «Cada vez me duelen más las problemáticas sociales de Colombia [...] como artistas o escritores nos sentimos impotentes para crear en medio de estas tragedias, para tener una voz y una mirada que señalen todo esto para visibilizarlo, nombrarlo, y tal vez exorcizarlo con nuestro trabajo» (Vergara, 2021, p. 252).

Gloria Posada es una poeta, escritora y antropóloga colombiana nacida en Medellín en 1967. A lo largo de su carrera, ha trabajado en diferentes campos de la literatura, incluida la narrativa, y ha sido muy activa en el ámbito cultural. Además, ha sido incluida en antologías de poesía colombiana y latinoamericana. La autora nos transporta más allá de las fronteras visibles, hacia paisajes imaginarios donde la realidad se mezcla con el ensueño gracias al poemario *Naturalezas*, publicado en 2006 por la editorial Ediciones Sin Nombre.

El lenguaje de *Naturalezas* se caracteriza, en particular, por tener un fuerte componente reflexivo. Incorpora un vocabulario de la ecología, la geología y otros campos científicos, lo que confiere a la obra incluso un carácter interdisciplinario a la vez metafórico y sensorial. En algunos casos —lo que resalta su capacidad de condensar significados en pocas palabras, se podría describir a través de un matiz minimalista para reflexionar sobre los ciclos de la vida— integra imágenes que conectan lo humano con el cosmos: «Elementos nos habitan / formando la carne / sustancia y calor / de nuestro cuerpo» (Posada, 2006, p. 9).

Resulta fundamental subrayar el tono evocador, marcado por una profunda conexión con el mundo natural y una sensibilidad casi mística hacia la flora y la fauna. La autora crea una atmósfera de reverencia hacia la naturaleza, resaltando su fragilidad y resistencia. El ritmo de los poemas es bastante fluido, emulando la armonía del entorno que describe. La musicalidad de sus versos, a menudo apoyada en repeticiones y cadencias suaves, refuerza la sensación de inmersión en un paisaje donde cada elemento —árbol, río, montaña— parece dialogar con la voz poética: «En el ser / horizontes se renuevan / lenguajes nombran mundos / Lo pasado es eco del olvido / El amor encuentra silencio / cuerpos sienten frío» (Posada, 2006, p. 13).

Al mismo tiempo, hay una universalidad en ellos que trasciende culturas o épocas. *Naturalezas* nos invita a recordar que somos parte de un todo inmenso y a la vez efímero, que en cada hoja o corriente de

aire hay un reflejo de nuestra existencia. Sugiere un diálogo entre lo visible y lo invisible, explorando cómo los entornos moldean nuestras percepciones. De hecho, Posada utiliza metáforas que vinculan elementos de la naturaleza con emociones existenciales, o sea, la naturaleza se convierte en un espacio para reflexionar sobre temas como el ser, la memoria y la muerte. Las sensaciones visuales y auditivas, en la poesía de Posada, se mezclan para crear una experiencia inmersiva. La autora recurre a la figura retórica de la sinestesia, es decir, la mezcla de sensaciones de diferentes sentidos para intensificar la conexión emocional de los lectores con los temas que trata. La naturaleza se convierte en algo que se experimenta profundamente, un proceso que abarca la respiración, el tacto y el pensamiento. La autora aborda, además, preguntas filosóficas sobre la existencia y el conocimiento: «Escuchar ¿qué murmuran bosques con el viento? Acaso preguntan / ¿cómo devolvemos el aire al mundo / qué sangres recorre / cómo regresa?» (Posada, 2006, p. 16).

Utilizar un lenguaje que invita a la introspección no solo genera una reflexión en el lector, sino que también muestra la dualidad de la experiencia humana. Podríamos hablar, incluso, de un minimalismo poético, esto es, en lugar de recurrir a descripciones largas o complejas, el lenguaje de Gloria Posada es esencial: «Respirar o evaporarse / tener raíz o ir a otro lugar. / La superficie es piel o plumaje / la partida es vuelo o camino» (2006, p. 13).

Viene a la memoria el mundo azteca, por ejemplo, con el empleo de la expresión «in xochitl in cuícatl», es decir, la flor que sirve como metáfora de la poesía y, por ende, una poesía que tiene una estricta relación con el elemento natural, ya que, como escribía el poeta Netzahualcóyotl que se convirtió en «tlamatini», es decir, «el que sabe algo» (Leander, 1972, p. 31) y medita sobre los enigmas del hombre sobre la tierra, «olorosas flores, flores preciosas / con ansia yo las deseaba» (Posada, 2006, p. 49), que en el poema «Solamente él» exalta a la naturaleza misma.

El poemario *Naturalezas* está compuesto por un conjunto de cuarenta poemas, organizados como unidades independientes, pero interconectadas. Cada poema funciona como una pieza dentro de un «ecosistema» textual más amplio, lo que refuerza la idea de la naturaleza como un sistema interdependiente y tiene una extensión aproximada de setenta y dos páginas, lo que lo convierte en un texto breve, pero denso, en el que cada palabra y cada poema están cargados de significados múltiples.

Cabe destacar, además, la importancia de temáticas en las cuales la naturaleza surge como memoria y los poemas exploran cómo la naturaleza guarda las huellas del tiempo y de los procesos históricos, ecológicos y culturales. El poemario refleja cómo todos los elementos de la naturaleza están entrelazados, desde los ciclos de vida de los organismos hasta las relaciones entre los humanos y su entorno: «Cúmulos de nubes viajan en el viento / se unen y separan / en la imprecisa forma del tiempo. / Ciclo o final / que nos acecha. / No conocemos / bajo el cielo / la exacta intemperie» (Posada, 2006, p. 9).

En lo que concierne a la transformación, Posada aborda la idea de cambio y metamorfosis, representada en fenómenos como el agua que fluye, las estaciones y los procesos biológicos. Además, desde hace años es necesario reflexionar sobre la crisis ambiental. En *Naturalezas*, Posada construye una poética en la que el paisaje y la vida natural son, de hecho, los protagonistas de una profunda reflexión sobre la existencia. Su obra consigue dialogar con la crisis ambiental desde una mirada que entrelaza la contemplación y la denuncia, revelando la fragilidad de los ecosistemas. La autora nos enfrenta a la pérdida, la transformación y la resistencia de la naturaleza ante la degradación provocada por el hombre, ya que en este poemario el entorno es una extensión del cuerpo, donde la destrucción ambiental se siente como una herida colectiva. Así, *Naturalezas* se convierte en un espacio de diálogo entre lo poético y lo político, donde la palabra es un eco de la tierra que clama por su preservación. De hecho, hay cierta preocupación por la degradación del clima, la desaparición de especies y el impacto de la humanidad en el equilibrio natural; se traen a colación los versos iniciales del poema «Encuentro y separación»: «Cada nuevo día / cuando me levanto / algo ya no está. / Un árbol / un niño / una casa / una especie» (2006, p. 42).

Aunque no se menciona de forma explícita, la biodiversidad colombiana es una influencia fundamental en el imaginario de la obra y, gracias a su tono meditativo, los poemas invitan al lector a conectar con el mundo natural desde una perspectiva contemplativa. Gloria Posada, quien también es artista visual, incorpora una sensibilidad estética en sus imágenes poéticas, lo que crea una experiencia multisensorial.

Al leer los poemas, nos encontramos en un mundo donde la naturaleza no solo es escenario, sino también interlocutora y espejo del ser humano. Cada verso parece construir un puente sensorial entre lo inmediato y lo eterno, «como la semilla se introduce en la tierra / o la luz cruza en el horizonte / hasta llegar a lo profundo / del agua» (Posada, 2006, p. 17). Sin embargo, se hace patente la influencia de sus

estudios dentro de su poesía; de hecho, los antropólogos encuentran en la naturaleza un punto central de investigación, ya que esta constituye el sustento de las culturas humanas, y analizan cómo las sociedades han interactuado con el entorno natural a lo largo del tiempo.

Se halla, en sus páginas, un ritmo contenido que invita a detenerse, a escuchar el susurro del agua o el crujir de las hojas como si fueran revelaciones. Lo que más impacta es la precisión de su lenguaje: no hay palabras de sobra, y cada una tiene el peso de lo indispensable. Los poemas no describen, sino que evocan; no explican, sino que sugieren; hablan de la fragilidad, pero también de la resistencia, tanto de los cuerpos como de los paisajes. Sus imágenes, como raíces que persisten entre las grietas, permiten reflexionar sobre nuestra coexistencia con el entorno y la forma en que nos transformamos mutuamente.

Cada palabra tiene un peso significativo, creando una sensación de profundidad sin necesidad de explicaciones extensas. De hecho, esto permite que el poema funcione de manera simbólica, dejando espacio para que el lector haga sus propias interpretaciones. El minimalismo al que se ha aludido antes, sin embargo, puede ser interpretado como un desafío para algunos, ya que el estilo es deliberadamente ambiguo, lo que deja mucho espacio para la interpretación personal, pero también puede resultar desafiante para aquellos que prefieren una poesía más directa.

Escribir sobre la naturaleza es volver al origen, a un lenguaje anterior a las palabras, tanto en poesía como en prosa; es más que un ejercicio descriptivo: es una forma de tender puentes entre la memoria personal y la historia colectiva. En ambos géneros, la naturaleza se convierte en un espacio de exploración profunda, donde se indagan los límites de lo real y lo espiritual. Sin embargo, poesía y prosa se aproximan a este tema desde ángulos complementarios: mientras la poesía busca capturar la esencia y evocar lo inefable, la prosa permite expandir la mirada, detallar procesos y articular narrativas complejas que enmarcan la experiencia humana dentro del vasto tejido del mundo natural.

Desde los himnos homéricos hasta los versos contemporáneos, los poetas han encontrado en la naturaleza una fuente inagotable de metáforas y símbolos. Este género, por su carácter sensorial, tiene la capacidad de revelar la naturaleza como una experiencia íntima, donde los paisajes externos se convierten en espejos de los paisajes internos, y así es cómo la poesía de Posada se erige como un espacio donde la palabra y el territorio convergen en una búsqueda incesante

de pertenencia. Su obra, profundamente arraigada en la geografía y la memoria, despliega un lenguaje que es a la vez cartografía y cuerpo. En obras como *Oficio Divino* (1992) y *La cicatriz del nacimiento* (2000), su poesía se despliega con una voz introspectiva que explora el cuerpo, la naturaleza y la identidad a través de imágenes evocadoras. Sus antologías, como *Bajo el cielo* (2013) y *Aire en luz* (2017), evidencian una evolución constante en su escritura, en la que el paisaje y la espiritualidad se entrelazan para construir una poética que trasciende lo personal y se convierte en un ejercicio de contemplación del mundo, y reflejan, a la vez, el desarrollo de su estilo poético con el paso del tiempo. La obra *Vosotras* (1993) es un testimonio poético que da voz a las experiencias de las mujeres. En este libro, la autora construye un universo en el que la identidad femenina se despliega a través de imágenes poderosas, explorando el vínculo entre el cuerpo, la historia y sus seres: «Los animales huyen de mis manos / Las plantas se marchitan a mi paso» (Posada, 1993, p. 22). Su escritura se convierte en un ejercicio de reivindicación, en el que la poesía trasciende la individualidad para convertirse en una expresión de múltiples voces.

El propósito es reconectar al lector con la naturaleza en un momento en que esta se encuentra bajo una amenaza sin precedentes. En este sentido, escribir sobre ella es también un acto político, una manera de reivindicar su valor como fuente de belleza y conocimiento. Ya sea a través del verso o la prosa, el acto de escribir se convierte en una forma de preservar aquello que está en peligro de desaparecer y de recordar que los elementos naturales son un aspecto intrínseco de nuestra propia existencia.

En la naturaleza todo está conectado, tal como lo está el ser humano con el universo. Escribir sobre ella es, quizás, intentar reconectar con esa unidad perdida. Las palabras, aunque insuficientes, son las herramientas para asomarse al abismo del «yo», para enfrentarse a las grandes cuestiones de la existencia: ¿Quién soy? ¿Por qué estoy aquí? ¿Qué significa vivir? Estas preguntas encuentran resonancia en la naturaleza, que ofrece respuestas silenciosas, más cercanas a la contemplación que a la certeza.

Es fundamental involucrarnos en la búsqueda de soluciones a los problemas globales y asumir la responsabilidad de tomar decisiones sobre lo que nos concierne a todos. Hablar de «paz con la naturaleza» (Elizalde Hevia, 2012, p. 113) representa un llamado a evaluar el deterioro ambiental y a definir acciones concretas para evitar la desaparición de la vida en el planeta. Se trata de concebirlo como un himno

que ponga fin a una guerra unilateral iniciada por los seres humanos contra la naturaleza.

Esta guerra simbólica comenzó cuando los seres humanos optaron por separarse de la naturaleza, creyendo erróneamente que podían existir al margen de ella. Esta idea se ha reflejado tanto en el lenguaje científico como en el cotidiano, donde se utilizan expresiones como «el hombre contra la naturaleza» (Sandín, 1998, p. 90). Incluso se habla de «acercarse a la naturaleza» (Carmen Martín, 2010, p. 42), cuando, en realidad, lo correcto sería hablar de reintegración y conexión con nuestra propia esencia. Es crucial recordar que los animales, las plantas, el agua, el aire —entre otros— no son entidades ajenas a nosotros, sino nuestros iguales y compañeros de existencia.

Destacan, sin duda, otros autores colombianos que han abordado la temática de la naturaleza en sus obras y con las cuales podríamos entrelazar ciertas conexiones por lo que se refiere al texto de Gloria Posada, como es el caso de William Ospina. En obras como *El país de la Canela* (2008) y *La serpiente sin ojos* (2012), el autor explora la selva amazónica y las interacciones entre los humanos y su entorno, destacando la riqueza natural de Colombia y la destrucción provocada por la intervención humana: «Busqué consuelo en los árboles, en el canto de los pájaros, en la certeza de las parásitas sobre los troncos, y la selva me pareció intocada por esa pesadilla brutal» (Ospina, 2012, p. 304).

Pues, tanto Posada como Ospina, reflexionan sobre la naturaleza como un espacio de memoria. En *Naturalezas*, Posada utiliza la naturaleza como un archivo vivo que contiene las huellas del tiempo, mientras que Ospina, especialmente en sus novelas históricas, también ve en la naturaleza amazónica un testimonio del pasado, en particular de los encuentros entre culturas durante la conquista.

Una novela que destaca por su interacción con el elemento natural y por su realismo mágico es *Donde cantan las ballenas* de Sara Jaramillo Klinkert. La narrativa de la autora, de hecho, expresa una profunda sensibilidad hacia los seres del mundo animal y vegetal, promoviendo un mensaje de protección y respeto hacia ellos. La historia sigue a Candelaria, una adolescente que vive en un mítico pueblo, Parruca, y que, tras el dolor de una relación familiar fracturada, emprende un proceso de autodescubrimiento y, además, encuentra en la naturaleza una guía para reconstruirse: «Lo más posible es que durmiera bien en su nuevo cuarto, pues, tal y como lo había demandado, era toda una maraña de enredaderas y plantas. Candelaria deseó

que fueran de las que alejan los malos sueños» (Jaramillo Klinkert, 2021, p. 26).

Otras formas de sensibilización nacen, hoy en día, a través de las novelas gráficas, como es el caso de *Crónicas de la resiliencia: el origen* (2018) que ha tomado vida gracias a la labor llevada a cabo por el Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt de Bogotá, a cuya realización contribuyeron Andrés Barragán y Guillermo Torres Carreño. Esta historieta ilustrada, centrada en la riqueza natural del País, imagina una Colombia devastada en el año 2100, donde sus protagonistas emprenden un viaje al pasado con el propósito de impedir un futuro desolador. A través de la combinación de ilustraciones y texto, esta obra logra transmitir de manera impactante la urgencia de la crisis ambiental, facilitando la comprensión de problemas ecológicos complejos.

Imprescindible es, además, el poemario *Bosque desovando* de Selnich Vivas Hurtado, Profesor de Literaturas en la Universidad de Antioquia que, a través de una sensibilidad que dialoga con el cosmos, traza las líneas más sutiles por lo que concierne a la poesía colombiana contemporánea, cuyos elementos se inspiran en un origen natural primigenio que, por ende, nos involucra directamente. En esa relación entre los seres humanos y el entorno, explorando la conexión entre la vida, los mitos, las tradiciones y la esencia de lo primordial, nos invita a un viaje lejano en el que cada palabra y metáfora son un latido profundo, una oportunidad para conocer lo que antes desconocíamos: «Los pies ya tienen memoria del territorio. / A volver al origen, hemos venido desde el fondo / de la mar. / Hemos venido a prepararnos, / a cantar a las abuelas del nacimiento. / Una ocarina desafía el aleteo de los cucarrones. / El trompo, nieto del tábano, devuelve el camino» (Vivas Hurtado, 2024, p. 38).

Una vez más, pues, la literatura consigue encontrar en los paisajes y en los ciclos naturales metáforas perfectas para explorar la vida: un río puede simbolizar el flujo del tiempo, un árbol la resiliencia y una tormenta los conflictos internos. Todas las culturas, a lo largo de la historia, han reflexionado sobre la naturaleza como hogar y sobre el ser como un enigma perpetuo. Al escribir sobre ella, nos encontramos a nosotros mismos y a los demás, porque en el susurro del viento y en las preguntas que no tienen respuesta hay una belleza que trasciende el tiempo y une a todos los seres vivos.

En conclusión, *Naturalezas* es una obra que exige una lectura reflexiva, ofreciendo una experiencia poética intensa, que juega con la percepción sensorial y la complejidad existencial. Este tipo de poesía es recomendada para quienes disfrutan de obras que también invitan a la introspección y al cuestionamiento personal; este poemario es un recordatorio poético de que mirar la naturaleza es, en esencia, mirar dentro de nosotros mismos.

Referencias

- Barragán, A., & Torres Carreño, G. (2018). *Crónicas de la resiliencia: el origen*. Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt.
- Carmen Martín, L. M. (2010). Enseñanza de las ciencias naturales: acercarse a la naturaleza. *Aula de innovación educativa*, N° 195, pp. 42-46. <http://hdl.handle.net/11162/87075>
- Elizalde Hevia, A. (2012). Paz con la naturaleza: Una perspectiva ecológica desde la no violencia. *Cultura - Hombre - Sociedad* 22, pp. 113-139. <https://doi.org/10.7770/cuhso-v22n2-art387>
- Jaramillo Klinkert, S. (2021). *Donde cantan las ballenas*. Lumen.
- Leander, B. (1972). *In Xochitl in Cuícatl, Flor y Canto. La poesía de los Aztecas*. Instituto Nacional Indigenista.
- Ospina, W. (2008). *El país de la Canela*. Editorial Norma.
- Ospina, W. (2012). *La serpiente sin ojos*. Mondadori.
- Posada, G. (1992). *Oficio Divino*. Colcultura.
- Posada, G. (1993). *Vosotras*. Ediciones Autores Antioqueños.
- Posada, G. (2000). *La cicatriz del nacimiento*. Corporación Ideas y Palabras.
- Posada, G. (2006). *Naturalezas*. Ediciones Sin Nombre.
- Posada, G. (2013). *Bajo el cielo. Antología poética 2011-1985*. Editorial Universidad Veracruzana.
- Posada, G. (2017). *Aire en luz. Muestra de poesía 2016-1985*. Del Centro Editores.
- Sandín, M. (1998). *Madre tierra, hermano hombre. Introducción a la Ecología Humana*. Ediciones de la Torre.
- Vergara Aguirre, A. (2021). Gloria Posada, una voz suave y constante. *Estudios de Literatura Colombiana* 49, pp. 245-259. <https://doi.org/10.17533/udea.elc.n49a14>
- Vivas Hurtado, S. (2024). *Bosque desovando*. Sílabas Editores.